

Los Restos de la Avellaneda

Julio 1956

FRENTE a mi mesa de trabajo, a la luz estival que entra por la ventana, contemplo durante los pocos ratos de ocio que me permite la faena diplomática, un retrato al óleo de Gertrudis Gómez de Avellaneda. Es una copia que hizo el pintor Cossio del cuadro que se conserva en la Biblioteca Nacional. Obsequio de Nena Aranda, se halla en custodia hasta que pueda abrirse en Madrid la Casa de Cuba. La poetisa luce en su mejor forma. Negros los cabellos, alegres y picarescos los ojos, blanquísimo el cutis, los labios sensuales, levantado el pecho, la nariz perfilada. En plena madurez como hembra y en plena gloria como poetisa y dramaturga, nos mira con todos sus encantos femeninos, trasunto de la perenne belleza de la mujer camagüeyana.



Sobre la despejada frente está la corona de oro que La Habana le otorgó a su retorno a la isla nativa, ocasión única que Cuba tuvo para exaltar los méritos de la genial compatriota. Esa corona se conserva en la biblioteca del Colegio de Belén.

Vestida de negro, un chal fino cubre su escote. Ya es la dama que amó intensamente... Sensible, apasionada, vehemente, aprieta su boca, y bajo la horizontal de sus cejas, la mirada despide como una luz. Plenitud de Tula pudiera denominarse este retrato. No es ya la jovencita de catorce años, con sus trenzas de colegiala, que candorosamente le canta a su tierra y le dice: "¡Perla del mar! ¡Estrella de Occidente!" Aquí está la mujer que ya supo de los embates del amor. Ya enviudó, ya tuvo una hija con el poetaastro que no supo comprenderla. Ya conoce el temor de amarla del circunspecto y pacato Cepeda. Ahora está unida a Verdugo, al pueno de Verdugo, al que quiso más en la vida, y para el que fué esposa, madre, enfermera, amiga, y con él quiso dialogar bajo la tierra, para siempre unidos... Por ella, el coronel Verdugo recibió la puñalada en el pulmón. Por ella, fué a Cuba, donde se portó noblemente, hasta el punto de que Cárdenas le recuerda todavía y una de las calles mantiene su nombre prestigioso. Y cuando Verdugo muere, la poetisa achacosa, débil, triste, se consagra a su fe católica, pide perdón por sus pecados y entona su "Canto a la Cruz" que todas las antologías recogen.

Está enterrada en Sevilla, junto a su último amor. Los cubanos quieren que vuelva a su entrañable Camagüey. Es nuestra, sí, a Cuba dedicó toda su obra. Para sus hermanas tuvo versos que son caricias líricas. Al morir el patriota Heredia, dijo estrofas valientes en loor del bardo separatista. Protestó airadamente cuando quiso separarse su nombre del solar americano de donde procedía. La envidia la mordió y calumnió. Se interpretó mal aquella actitud suya. Todo se ha ido aclarando. A pesar de que a España le debió su gloria en las letras, sus triunfos ruidosos en el teatro, siempre su isla lejana estuvo presente en su corazón.

"—Si orna algún lauro mi frente, en esta orilla nació..." con claridad expresa al recibir la corona de oro que veo en este retrato.

Constantemente mis paisanos quieren que consiga retornen a Cuba sus huesos. Bien. Ella tendrá que ir con el Coronel del Ejército Español Domingo Verdugo, bajo la bandera roja y gualda, que era la suya. Y Tula, desde luego, con la insignia de la estrella solitaria, cuyas radiaciones presintió al llorar la muerte del "fervido patriota" José María Heredia. Pero antes, que se haga en Camagüey la tumba digna de los dos: el mausoleo que proclame las excelencias de la primera gran poetisa que dió el Continente Americano y la caballeridad indiscutible de su postrero y definitivo amor, el Coronel Domingo Verdugo.

M. Julio 1956



Un grupo nutrido de miembros de la "Academia Literaria Avellaneda", que desde hace veinticinco años, bajo la égida del R. P. José Rubinos, S. J., funciona en el Colegio de Belén.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA